Suplemento de cultura de Página/12

PRIMER PLANO

Editor: Tomás Eloy Martínez

Domingo 29 de noviembre de 1992

LAS ESCRITURAS PROFANAS DEL PAIS SAGRADO

El arte de sobrevivir

MEXICO '92

Tres maestros de otras tantas generaciones se dan cita en este número dedicado a una de las culturas más ricas del continente. Del mayor, Carlos Fuentes, se anticipa en exclusiva su libro "El espejo enterrado", que el Fondo de Cultura Económica dejará esta semana en las librerías. José Emilio Pacheco eligió especialmente sus textos para **Primer Plano** y los envió desde College Park, Estados Unidos. De Juan Villoro, el más joven, se adelanta también en exclusiva el comienzo de su novela "El disparo de Argón", que Alfaguara publicará el próximo 1º de diciembre. La elección del trío responde a que el peso de la cultura mexicana no sólo se hace sentir sobre la vida política de ese país, donde la opinión de un escritor vale tanto o más que la de un ministro, sino también sobre la evolución actual de América latina.



CARLOS FUENTES

NUEVO TEXTO DE FUENTES: ADELANTO EXCLUSIVO



El espejo enterrado

Originariamente pensado para una serie bilingüe emitida en la televisión británica, este nuevo texto de Carlos Fuentes que el Fondo de Cultura Económica distribuirá en el país este martes —y que Primer Plano anticipa— intenta reunir la historia de los pueblos hispanohablantes en una sola. La intención del autor de estas inolvidables páginas es que los lectores latinoamericanos y españoles de "El espejo enterrado" encuentren no sólo su propio rostro sino la procesión de máscaras que forjaron su rica y múltiple identidad.

INTRODUCCION

El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón desembarcó en una pequeña isla del hemisferio occidental. La hazaña del navegante fue un triunfo de la hipótesis sobre los hechos: la evidencia indicaba que la Tierra era plana; la hipótesis, que era redonda. Colón apostó a la hipótesis: puesto que la Tierra es redonda, se puede llegar al Oriente navegando hacia el Occidente. Pero se equivocó en su geografía. Creyó que había llegado a Asia. Su deseo era alcanzar las fabulosas tierras de Cipango (Japón) y Catay (China), reduciendo la ruta europea alrededor de la costa de Africa, hasta el extremo sur del Cabo de Buena Esperanza y luego hacia el Este hasta el Océano Indico y las islas de las especias.

No fue la primera ni la última desorientación occidental. En estas islas, que él llamó "las Indias", Colón estableció las primeras poblaciones europeas en el Nuevo Mundo. Construyó las primeras iglesias; ahí se celebraron las primeras misas cristianas. Pero el navegante encontró un espacio donde la inmensa riqueza asiática con que había soñado estaba ausente. Colón tuvo que inventar el descubrimiento de grandes riquezas en bosques, perlas y oro, y enviar esta información a España. De otra manera, su protectora, la reina Isabel, podría haber pensado que su inversión (y su fe) en este marinero genovés de imaginación febril había sido un error.

Pero Colón, más que oro, le ofreció a Europa una visión de la Edad de Oro restaurada: éstas eran las tierras de Utopía, el tiempo feliz del hombre natural. Colón había descubierto el paraíso terrenal y el buen salvaje que lo habitaba. ¿Por qué, entonces, se vio obligado a hacer inmediatamente su propio descubrimiento, a atacar a los hombres a los cuales acababa de describir como "muy mansos y sin saber que sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas", darles caza, esclavizarlos y aun enviarlos a España encadenados?

Al principio Colón dio un paso atrás hacia la edad dorada. Pero muy pronto, a través de sus propios actos, el paraíso terrenal fue destruido y los buenos salvajes de la víspera fueron vistos como "buenos para les mandar y les hazer trabajar y sembrar y hazer todo lo otro que fuera menester".

Desde entonces, el continente americano ha vivido entre el sueño y la realidad, ha vivido el divorcio entre la buena sociedad que deseamos y la sociedad imperfecta en la que realmente vivimos. Hemos persistido en la esperanza utópica porque fuimos fundados por la utopía, porque la memoria de la sociedad feliz está en el origen mismo de América, y también al final del camino, como meta y realización de nuestras esperanzas.

Quinientos años después de Colón, se nos pidió celebrar el quinto centenario de su viaje, sin duda uno de los grandes acontecimientos de la historia humana, un hecho que en sí mismo anunció el advenimiento de la Edad Moderna y la unidad geográfica del planeta. Pero muchos de nosotros, en las comunidades hispanohablantes de las Américas, nos preguntamos: ¿tenemos realmente algo que celebrar?

Un vistazo a lo que ocurre en las repúblicas latinoamericanas al finalizar el siglo XX nos llevaría a responder negativamente. En Caracas o en la Ciudad de México, en Lima o en Río de Janeiro, el quinto centenario del "descubrimiento de América" nos sorprendió en un estado de profunda crisis. Inflación, desempleo, la carga excesiva de la deuda externa. Pobreza e ignorancia crecientes; abrupto descenso del poder adquisitivo y de los niveles de vida. Un sentimiento de frustración, de ilusiones perdidas y esperanzas quebrantadas. Frágiles democracias, amenazadas por la explosión social.

Yo creo, sin embargo, que a pesar de todos nuestros males económicos y políticos, sí tenemos algo que celebrar. La actual crisis que recorre a Latinoamérica ha demostrado la fragilidad de nuestros sistemas políticos y económicos. La mayor parte ha caído estrepitosamente. Pero la crisis también reveló algo que permaneció en pie, algo de lo que no habíamos estado totalmente conscientes durante las décadas precedentes del auge económico y el fervor político. Algo que en medio de todas nuestras desgracias permaneció en pie: nuestra herencia cultural. Lo que hemos creado con la mayor alegría, la mayor gravedad y el riesgo mayor. La cultura que hemos sido capaces de crear durante los pasados quinientos años, como descendientes de indios, negros y europeos, en el Nuevo Mundo.



La crisis que nos empobreció también puso en nuestras manos la riqueza de la cultura, y nos obligó a darnos cuenta de que no existe un solo latinoamericano, desde el río Bravo hasta el Cabo de Hornos, que no sea heredero legítimo de todos y cada uno de los aspectos de nuestra tradición cultural. Es esto lo que deseo explorar en este libro. Esa tradición que se extiende de las piedras de Chichén Itzá y Machu Picchu a las modernas influencias indígenas en la pintura y la arquitectura. Del barroco de la era colonial a la literatura contemporánea de Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez. Y de la múltiple presencia europea en el hemisferio —ibérica, y a través de Iberia, mediterránea, romana, griega y también árabe y judía— a la singular y sufriente presencia negra africana. De las Cuevas de Altamira a los grafitos de Los Angeles. Y de los primerísimos inmigrantes a través del estrecho de Bering, al más reciente trabajador indocumentado que anoche cruzó la frontera entre México y los Estados Unidos.

Pocas culturas del mundo poseen una riqueza y continuidad comparables. En ella, nosotros, los hispanoamericanos, podemos identificarnos e identificar a nuestros hermanos y hermanas en este continente. Por ello resulta tan dramática nuestra incapacidad para establecer una identidad política y económica comparable. Sospecho que esto ha sido así porque, con demasiada frecuencia, hemos buscado o impuesto modelos de desarrollo sin mucha relación con nuestra realidad cultural. Pero es por ello, también, que el redescubrimiento de los valores culturales pueda darnos, quizá, con esfuerzo y un poco de suerte, la visión necesaria de las coincidencias entre la cultura, la economía y la política. Acaso ésta es nuestra misión en el siglo que viene.

Este es un libro dedicado, en consecuencia, a la búsqueda de la continuidad cultural que pueda informar y trascender la desunión económica y la fragmentación política del mundo hispánico. El tema es tan complejo como polémico, y trataré de ser ecuánime en su discusión. Pero también seré apasionado, porque el tema me concierne íntimamente como hombre, como escritor y como ciudadano, de México, en la América latina y escribiendo la lengua castellana.

Buscando una luz que me guiase a través de la noche dividida del alma cultural, política y económica del mundo de habla española, la encontré en el sitio de las antiguas ruinas totonacas de El Tajín, en Veracruz, México. Veracruz es el estado natal de mi familia. Ha sido el puerto de ingreso para el cambio, y al mismo tiempo el hogar perdurable de la identidad mexicana. Los conquistadores españoles, franceses y norteamericanos han entrado a México a través de Veracruz. Pero las más antiguas culturas, los olmecas al sur del puerto, desde hace 3500 años, y los totonacas al norte, con una antigüedad de 1500 años, también tienen sus raíces aquí.

En las tumbas de sus sitios religiosos se han encontrado espejos enterrados cuyo propósito, ostensiblemente, era guiar a los muertos en su viaje al inframundo. Cóncavos, opacos, pulidos, contienen la centella de luz nacida en medio de la oscuridad. Pero el espejo enterrado no es sólo parte de la imaginación indígena americana. El poeta mexicano-catalán Ramón Xirau ha titulado uno de sus libros *L'Espil Soterrat —El espejo enterrado—*, recuperando una antigua tradición mediterránea no demasiado lejana de la de los más antiguos pobladores indígenas de las Américas. Un espejo: un espejo que mira de las Américas al Mediterráneo, y del Mediterráneo a las Américas. Este es el sentido y el ritmo mismo de este libro.

En esta orilla, los espejos de pirita negra encontrados en la pirámide de El Tajín en Veracruz, un asombroso sitio cuyo nombre significa "relámpago". En la pirámide de los Nichos, que se levanta a una altura de 25 metros sobre una base de 35 metros cuadrados, 365 ventanas se abren hacia el mundo, simbolizando, desde luego, los días del año solar. Creado en la piedra, El Tajín es un espejo del tiempo. En la otra orilla, el Caballero de los Espejos creado por Miguel de Cervantes, le da batalla a Don Quijote, tratando de curarlo de su locura. El viejo hidalgo tiene un espejo en su mente, y en él se refleja todo lo que Don Quijote ha leído y que, pobre loco, considera fiel reflejo de la verdad.

No muy lejos, en el Museo del Prado en Madrid, el pintor Velázquez se pinta pintando lo que realmente está pintando, como si hubiese creado un espejo. Pero en el fondo mismo de su tela, otro espejo refleja a los verdaderos testigos de la obra de arte: tú y yo.

Acaso el espejo de Velázquez también refleje, en la orilla española, el espejo humeante del dios azteca de la noche, Tezcatlipoca, en el momento en que visita a la serpiente emplumada. Quetzalcóatl, el dios de la paz y de la creación, ofreciéndole el regalo de un espejo. Al verse reflejado, el dios bueno se identifica con la humanidad y cae aterrado: el espejo le ha arrebatado su divinidad.

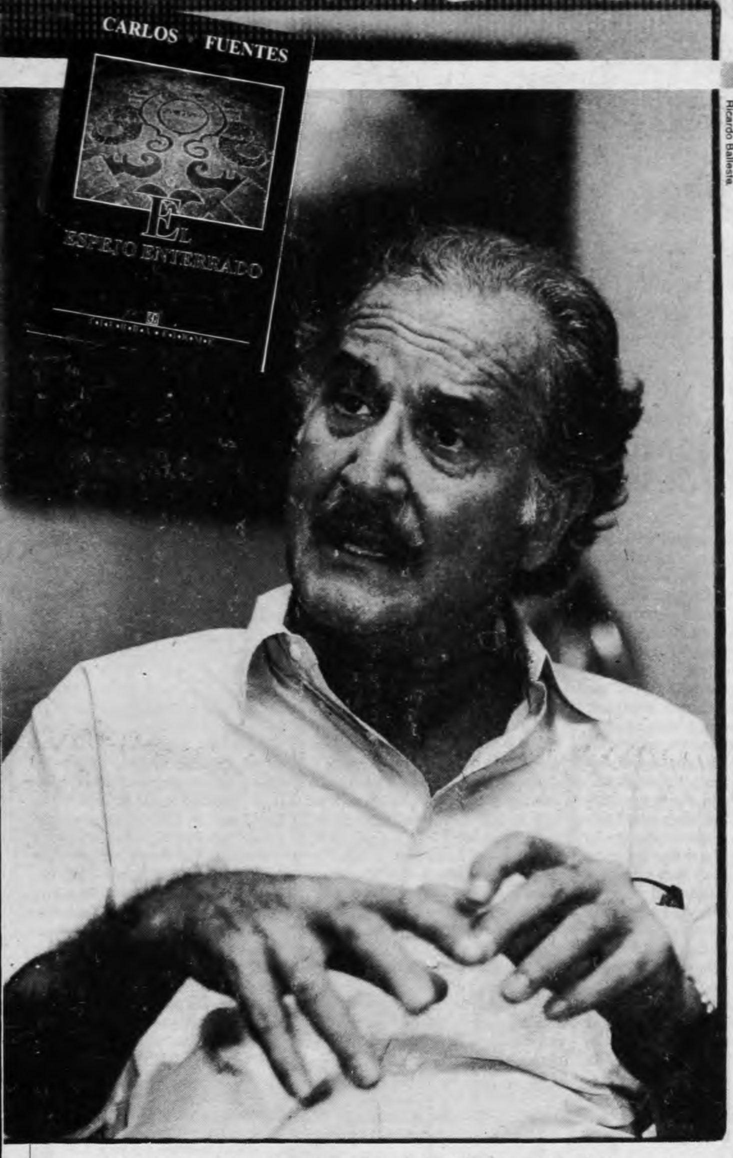
¿Encontrará Quetzalcóatl su verdadera naturaleza, tanto humana como divina, en la casa de los espejos, el templo circular del viento en la pirámide tolteca de Teotihuacan, o en el cruel espejo social de *Los caprichos* de Goya, donde la vanidad es ridiculizada y la sociedad no puede engañarse a sí misma cuando se mira en el espejo de la verdad: ¿creías que eras un galán? Mira, en realidad eres un mico.

Los espejos simbolizan la realidad, el sol, la tierra y sus cuatro direcciones, la superficie y la hondura terrenales, y todos los hombres y mujeres que la habitamos. Enterrados en escondrijos a lo largo de las Américas, los espejos cuelgan ahora de los cuerpos de los más humildes celebrantes en el altiplano peruano o en los carnavales indios de México, donde el pueblo baila vestido con tijeras o reflejando el mundo en los fragmentos de vidrio de sus tocados. El espejo salva una identidad más preciosa que el oro que los indígenas les dieron, en canje, a los europeos.

¿Acaso no tenían razón? ¿No es el espejo tanto un reflejo de la realidad como un proyecto de la imaginación?

LAS MENINAS. Si la Contrarre-





Ricardo Balleste

Carlos Fuentes acompañado por obras de Diego Rivera y David Siqueiros: la cultura mexicana influye en la evolución de América latina.

forma y la Inquisición exigían un solo punto de vista, Cervantes responderá que estamos siendo vistos. No estamos solos. Estamos rodeados por los otros. Leemos, somos leídos. No hemos terminado nuestra aventura. No la terminaremos, Sancho, mientras exista un lector dispuesto a abrir nuestro libro y, así, devolvernos la vida. Somos el resultado del punto de vista de múltiples lectores, pasados, presentes y futuros. Pero siempre presentes cuando leen *Don Quijote* o ven *Las Meninas*.

Pues a pesar de la multiplicidad de ilustraciones derivadas de *Don Quijote* —de Hogarth a Daumier, de Doré a Picasso, de Edward Cruikshank en el siglo XIX a Antonio Saura en el siglo XX— quizás la correspondencia más sugerente entre el libro de Cervantes y una obra de pintura se encuentre en un salón, tan quieto como vasto, del Museo del Prado en Madrid.

Al entrar en esta sala, sorprendemos al pintor, Diego de Silva y Velázquez, cumpliendo su cometido, que es pintar. Pero, ¿a quién está pintando Velázquez? ¿A la infanta, sus dueñas, la enana, o un caballero vestido de negro que está a punto de entrar a través de un umbral brillantemente iluminado? ¿O está en realidad pintando a dos figuras que apenas se reflejan en un espejo enterrado en el muro más hondo y sombrío del estudio del artista: el padre y la madre de la infanta, el rey y la reina de España?

Podemos imaginar, en todo caso, que Velázquez está ahí, pincel en una mano, paleta en la otra, pintando la tela que realmente estamos viendo, *Las Meninas*. Podemos imaginarlo, hasta que nos damos cuenta de que la mayoría de las figuras, exceptuando desde luego al perro adormilado, o a la *dueña* excesivamente solícita, nos están mirando a nosotros. Nos miran a ti y a mí. ¿Es posible que seamos nosotros los verdaderos protagonistas de *Las Meninas*, esto es, de la tela que Velázquez está pintando en este momento?

Velázquez y la corte entera nos invitan a unirnos a la pintura, a entrar en ella. Pero al mismo tiempo, el pintor da un paso adelante y se mueve hacia nosotros. Esta es la verdadera dinámica de esta obra maestra. Nos otorga la libertad de entrar y salir de la pintura. Somos libres para ver la pintura, y por extensión, al mundo, de maneras múltiples, no sólo de una manera dogmática y ortodoxa. Y somos conscientes de que la pintura y el pintor nos miran. Ahora bien, la pintura que Velázquez está pintando; la tela del pintor en la pintura, nos da la espalda, es una obra inconclusa, en tanto que nosotros estamos mirando lo que consideramos ser el producto terminado. Pero entre estas dos evidencias centrales, se abren dos amplios y sorprendentes espacios. El primero le pertenece a la escena original: Velázquez pintando, la infanta y las dueñas sorprendidas, el caballero de negro entrando por el umbral, el rey y la reina reflejados en el espejo. ¿Ocurrió realmente esta escena? ¿Fue posada, o Velázquez simplemente la imaginó en su totalidad o a través de algunos de sus elementos? Y, en segundo lugar, ¿terminó Velázquez la pintura? Velázquez no fue un pintor popular en su propio tiempo, nos informa José Ortega y Gasset, y se le acusó de presentar pinturas inacabadas. Un eminente contemporáneo del pintor, el poeta Quevedo, llegó a acusar a Velázquez de pintar solamente "manchas distantes".

Pero, ¿no constituye todo esto una apertura más en la sociedad cerrada del dogma y del punto de vista único? ¿No nos confirma Velázquez en la posibilidad de que todo el mundo, esta pintura, pero también esta historia, esta narrativa, son algo inacabado? Y que, de manera más específica, nosotros mismos somos seres incompletos, hombres y mujeres que no podemos ser declarados "acabados", encerrados dentro de fronteras finitas y ciertas, sino seres incompletos aun al morir, porque, recordados u olvidados, contribuimos a la creación de un pasado que nuestros descendientes deben mantener vivo si ellos mismos quieren tener un futuro.

Cervantes nos enseña a leer de nuevo. Velázquez nos enseña a ver de nuevo. Sin duda, esto es lo propio de los grandes artistas y escritores. Pero estos dos, trabajando desde el corazón de una sociedad cerrada, fueron capaces de redefinir la realidad en términos de la imaginación. Lo que imaginamos es tanto posible como real.

EL ESPEJO DESENTERRADO. Quinientos años después de Colón,



los pueblos que hablamos español tenemos el derecho de celebrar la gran riqueza, variedad y continuidad de nuestra cultura. Pero el Quinto Centenario vendrá y se irá y muchos latinoamericanos se seguirán preguntando no cómo fue descubierta América o encontrada o inventada, sino cómo fue y debe seguir siendo imaginada. Se necesitará imaginación para establecer una nueva agenda pública en Latinoamérica, una agenda que incluya problemas como las drogas, el crimen, las comunicaciones, la educación y el medio ambiente: problemas que compartimos con Europa y Norteamérica. Pero también se necesitará imaginación para abordar la nueva agenda agraria, basada no en un continuado sacrificio del mundo del interior en favor de las ciudades y las industrias del hollín, sino en una renovación de la democracia desde la base, mediante sistemas cooperativos. Semejante agenda propone un doble valor que debería guiar a la sociedad entera. Ante todo, sepamos alimentarnos y educarnos a nosotros mismos; si lo hacemos, acaso podamos, finalmente, convertirnos en sociedades tecnológicas modernas con fundamentos. Pero si la mayoría de nuestros hombres y mujeres continúan fuera del proceso del desarrollo, desnutridos y analfabetos, nunca alcanzaremos la verdadera modernidad.

Mi optimismo es relativo pero bien fundado. En medio de la crisis, la América latina se transforma y se mueve, creativamente, mediante la evolución y la revolución, mediante elecciones y movimientos de masas, porque sus hombres y mujeres están cambiando y moviéndose. Profesionistas, intelectuales, tecnócratas, estudiantes, empresarios, sindicatos, cooperativas agrícolas, organizaciones femeniñas, grupos religiosos, organizaciones de base y vecinales, el abanico entero de la sociedad, se está convirtiendo rápidamente en los verdaderos protagonistas de nuestra historia, rebasando al Estado, al Ejército, a la Iglesia e incluso a los partidos políticos tradicionales. A medida que la sociedad civil, portadora de la continuidad cultural, incrementa su actividad política y económica, desde la periferia hacia el centro y desde abajo hacia arriba, los viejos sistemas, centralizados, verticales y autoritarios del mundo hispánico, serán sustituidos por la horizontalidad democrática.

Tal es la política de la movilización social permanente, como la llama el escritor mexicano Carlos Monsiváis. Se ha manifestado dramáticamente en eventos como el terremoto de la Ciudad de México en setiembre de 1985, cuando la sociedad actuó de manera más rápida y eficiente que el gobierno, descubriendo de paso sus propios poderes. Pero sucede cotidianamente, en silencio, cuando una asociación rural emplea los resortes del crédito y la organización productiva para negociar con el gobierno o con los poderes comerciales. Sucede cuando una profesión o un grupo de trabajadores descubren sus valores sociales y culturales compartidos y a través de ellos actúan cohesiva y democráticamente. Sucede cuando un pequeño floricultor o una costurera aldeana reciben crédito, prosperan, y lo pagan puntualmente. Sucede cuando los movimientos indigenistas, o las uniones de crédito campesinas, las asociaciones de interés colectivo y las ligas de producción comunitaria se manifiestan y organizan con la abundancia y fuerza con que lo están haciendo en todo el continente.

Confiamos en que las iniciativas nacidas de la crisis, desde abajo y desde la periferia de la sociedad, se extiendan, pero también tememos que no contaremos con tiempo suficiente, que las instituciones, ahogadas por la deuda, la inflación y las ilusiones perdidas, sean derrotadas por el ejército o por explosiones populares, y que la América latina llegue a ser dominada por organizaciones fascistas o por grupos ideológicos brutales.

Las actuales instituciones políticas, que son auténtica, aunque frágilmente democráticas, necesitan adaptarse urgentemente a las exigencias sociales, no sólo a la racionalidad tecnocrática. Los estados democráticos en la América latina están desafiados a hacer algo que hasta ahora sólo se esperaba de las revoluciones: alcanzar el desarrollo económico junto con la democracia y la justicia social. Durante los pasados quinientos años, la medida de nuestro fracaso ha sido la incapacidad para lograr esto. La oportunidad de hacerlo a partir de hoy es nuestra única esperanza.

Best Sellers///

Ficción

#	Libro	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). La historia de Lara Cameron, una mujer que se ha esmerado mucho para estar donde está. A pesar del oscuro pasado que trata de ocultar, su ascenso y su fortuna crecen a ritmos vertiginosos. Pero en medio de ese esplendor hay alguien que planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	1	4
2	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	2	17
3	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos (Sudamericana 17 pesos). El autor de *Yo, el supremo*, ganador del premio Cervantes en 1989, recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de una obra que él mismo reescribe a medida que va leyéndola.	5	4
4	*Historia de Teller*, por Jorge Lanata (Planeta, 13 pesos). Teller se hunde junto con Venecia, ciudad que eligió para buscar una nueva identidad tras renunciar a la que, por nacimiento, le correspondía: Kevin Brian, estrella del rock. Pero la vida después de la muerte fingida tampoco es fácil.	3	7
5	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	7	15
6	*Tifón*, por Mack Joseph (Javier Vergara, 13,20 pesos). Una superarma soviética (el submarino "Tifón") desata, al lanzar un misil de prueba, una guerra entre dos comandantes soviéticos, uno de la vieja guardia y otro de la nueva etapa. En el medio está la armada de Estados Unidos que no logra decidir quién es el enemigo real.	8	2
7	*Cuando digo Magdalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	4	16
8	*Galíndez*, por Manuel Vázquez Montalbán (Planeta, 16 pesos). En 1956, en Nueva York, el representante del gobierno vasco, Jesús de Galíndez, es secuestrado y posteriormente asesinado. 30 años más tarde una joven universitaria norteamericana decide, por su cuenta, investigar el caso que aún se encuentra plagado de enigmas. Una novela del suspenso que le valió a Montalbán el Premio Nacional de Literatura en 1991.	—	1
9	*Los muertos no hablan*, por James Hadley Chase (Emecé, 11 pesos). Ascenso y caída de un gangster de Kansas City. La vida de un simple pistolero que logra convertirse en el jefe del hampa de su ciudad, pero que una vez llegado a la cima cae vertiginosamente, producto de los errores que comete.	6	3
10	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de un amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	9	11

Historia, ensayo

#	Libro	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). El autor de *Más allá de la muerte* se interna en los pabellones de lo misterioso y lo sobrenatural. Niños que realizan viajes astrales, curaciones súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los temas que se abordan en el libro.	1	2
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	74
3	*El Posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). El autor analiza la crisis del modelo democrático en aquellos países en que la clase pudiente es mayoría y examina los diferentes modelos de Estado posibles dentro del campo económico capitalista para saber si el régimen democrático es la meta final a la que hemos llegado o si se está en los albores de la posdemocracia.	5	2
4	*La guerra del siglo XXI*, por Lester Thurow (Vergara 17,20 pesos). Después de la caída del comunismo, de la Guerra Fría, tres bandos (Japón, Europa y Estados Unidos) se disputan el mundo bajo una misma bandera: el capitalismo.	4	8
5	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	3	15
6	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Cinco personajes a través de quienes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno, poder real en el país.	8	33
7	*Todo tiene precio*, por Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo (Planeta, 16 pesos). José Luis Manzano al descubierto en su primera biografía no autorizada. Todo sobre el ministro en fulgurante ascenso: desde su infancia hasta sus días de gloria y de poder.	7	8
8	*Los cien días*, por Sandy Woodward (Sudamericana, 18 pesos). La guerra de las Malvinas vista por el comandante de la flota británica. Todas las experiencias y memorias del progatonista desde la salida de Gibraltar hasta el regreso a Brize Norton.	10	2
9	*Fracturas y continuidades*, por Félix Luna (Sudamericana, 16 pesos). Amparado en materiales inéditos de los 80 y 90, el autor realiza un análisis de las rupturas que se producen en la sociedad y que activan los procesos históricos, y de las continuidades, o líneas de evolución, a través de las cuales se desarrollan esos procesos.	6	5
10	*Reflexiones sobre el amor*, por Leo Buscaglia (Emecé, 15 pesos). Buscaglia incursiona nuevamente en su tema favorito, analizando las virtudes de lo que para él es la única alternativa a la frustración, la soledad y el temor: el amor.	9	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patrio Bullrich— (Capital Federal), El Aleph (La Plata), El Monje (Quilmes), Ameghino, Hommo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Arlette Farge y Natalie Zemon Davis (directoras), Georges Duby y Michelle Perrot (ediciones generales): **Historia de las mujeres en Occidente 3, del Renacimiento a la Edad Moderna** (Taurus). Continuación de la serie que cambió la historiografía al incorporar el análisis de los aspectos más cotidianos y menos conocidos del pasado.

Ezequiel Fernández Moores: **Díganme Ringo** (Planeta). Impecable relato biográfico de Oscar Natalio Bonavena, boxeador, cantante, comparsa del jet-set, showman y, sobre todo, un producto inventado por sí mismo, a la vez emergente de la década del 60.

Patricia Highsmith: **Ese dulce mal** (Alianza). Reedición —primera edición argentina— de un típico ejemplo de ese mundo de claustrofobia e irracionalidad que presentan los textos de Highsmith.

John Conyngham: **La profanación de las tumbas** (Emecé). Mediante la mezcla del realismo político y el romanticismo nostálgico, Conyngham refleja en su novela la complejidad del presente sudafricano y busca en su historia los principios de una contradictoria postura ética.

Carnets///

FICCION



Oscuros linajes

LA VISITA EN EL TIEMPO, por Arturo Uslar Pietri. Norma, 1990, 338 páginas.

De extensa carrera literaria y política, el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri (1906) continúa con *La visita en el tiempo* la serie de novelas históricas que comenzara con *Las lanzas coloradas* en 1931, y que prosiguiera con *Oficio de difuntos* (1978) y *La isla de Robinson* (1981). A diferencia de estas novelas, cuyas situaciones y personajes históricos son latinoamericanos —las guerras de la independencia en Venezuela, Simón Rodríguez—, *La visita en el tiempo* se centra en la figura del hijo bastardo de Carlos V, Don Juan de Austria.

Como señala Peter Pierson en su ya clásico estudio sobre Felipe II, Don Juan de Austria era el personaje más admirado de la corte por su "personalidad exuberante y marcial" y por haber sido el vencedor de Lepanto. Uslar Pietri, obsesionado por esta figura, no excede la interpretación de las manías del protagonista o de su entorno: las demoras de Felipe II, los juegos políticos de Antonio Pérez y el retrato de un príncipe Carlos algo neurótico, que no es el glorificado por Schiller ni el retardado mental que los documentos históricos muestran.

La novela, lejos de ser una reflexión sobre la historia, es un catálogo de las intrigas de la corte, que el autor —quien intenta ser fiel a los acontecimientos pasados— narra sin anacronismos perturbadores y sin interferencias de lo que no consta en el documento histórico —salvo la aparición de rigor de Don Quijote y Sancho Panza.

No es la primera vez que novelistas contemporáneos hispanoamericanos recurren a la época de Felipe II para develar el enigma de nuestra situación actual, como lo demuestran los ejemplos de Carlos Fuentes con su monumental *Terra Nostra* y las novelas de Juan Goytisolo. Sin embargo, *La visita en el tiempo* jamás alcanza la intensidad de aquellas porque no logra develar los engranajes de un gobierno marcado por la intolerancia, el mesianismo y el derroche. La perspectiva del narrador se circunscribe a un plano personal: la naturaleza de la herencia del poder y el problema de la identidad de Juan de Austria, llamado Jerónimo hasta descubrir que su padre es Carlos V. Sólo tras la victoria de la guerra de Lepanto ("La guerra era una gran borrachera. Nadie sabía lo que había hecho"), el protagonista conquista la identidad que le da su nombre, Don Juan de Austria, título previamente otorgado por Felipe II.

Arturo Uslar Pietri es un escritor consagrado: respaldado por una larga trayectoria, en 1990 recibió el Premio Príncipe de Asturias. La sacralidad de su autor se desplazó, en este caso, a su novela y a la mirada que posó sobre la historia. Una visita al tiempo como si el tiempo fuera un museo donde nada puede ser tocado, nada puede ser modificado.

GONZALO MOISES AGUILAR

ENSAYO

Lectura de viajes

TEBAS. 1250 a.C., por Rose-Marie Jouret (directora). Alianza, 1992, 272 páginas.
LISBOA. EXTRAMUROS 1415-1580, por Michel Chandeigne (director). Alianza, 1992, 286 páginas.
TOLEDO. SIGLOS XII-XIII, por Louis Cardaillac (director). Alianza, 1992, 284 páginas.

Existen dos caminos al emprender un viaje: el espacio y el tiempo. El primero de los recorridos supone una serie de inconvenientes mimetizados en estaciones, paradas, choferes, aduanas, aeropuertos, funcionarios y límites que se transforman en instrumentos de inesperada tortura. El segundo implica la limitación de reanudar la vida cotidiana del viajero soñador en una fecha concreta. Ahora bien, ¿dónde queda el verdadero espíritu placentero del viaje? ¿Dónde la abolición de distancias (en un metro o en miles de kilómetros) y horarios (en un fin de semana o en treinta siglos)?

Los Argonautas, que a bordo de un navío emprendieron el viaje a la Cólquide para conquistar el Vellocino de Oro, algo sabían sobre el carácter de la respuesta. Por ello, pelearon contra dragones y toros furiosos con cuernos de bronce, fueron perseguidos por varios ejércitos (incluido el de las Amazonas) y tentados por los encantos terribles de las Sirenas.

De haber vivido en este fin de siglo, quizá Hércules, Jasón, Teseo, Laertes o algún otro de aquellos Argonautas hubieran optado por cualquiera de los tres títulos de la colección *Memoria de las ciudades* que la editorial Alianza publicó este año.

Esta colección se sitúa en el estudio de la época más característica de una ciudad. Es decir, un espacio y un tiempo determinados que al confluir contribuyeron al desarrollo de la civilización actual.

Por estos tres ensayos desfilan el Egipto del siglo XII antes de Cristo durante el reinado en Tebas de Ramsés II; el Portugal de 1415 a 1580 con su ciudad Lisboa como punto de partida para el descubrimiento del mundo y la España de los siglos XII y XIII con Toledo como centro neurálgico de la multiplicidad de voces.

Si se elige Tebas, se puede viajar por la construcción de un universo nuevo: renovación religiosa y búsqueda teológica; reestructuración de las cualidades físicas y morales de sus ciudadanos; comienzo de una administración que actuará para mayor beneficio del pueblo; revolución arquitectónica en sus templos, fuertes, canteras y santuarios. Ramsés II como gobernador de la ciudad que el dios Amón-Ra calificó como *su lugar*. Administrador, constructor o conquistador, la imagen de Ramsés es la de una Tebas en su mayor esplendor. Las fotos, los mapas, los análisis de los autores y una frondosa cronología dan muestras irrefutables de ello.

Si se desea conocer la Lisboa del siglo XV, se verá cómo la política portuguesa actuó como punta de lanza de la expansión europea. Todo era posible de ser reconocido por los navegantes que partían de aquel puerto en el cual un ignoto Cristóbal Colón hacía sus primeras armas. La consigna de Lisboa era "navegar es indispensable, vivir no lo es". Ante esa perspectiva y por medio de grabados, ensayos y abundante cartografía de la época se recorren los casi 170 años de dominio marítimo portugués a través de Asia, Africa y la por entonces joven América acompañados de comerciantes, misioneros y marinos para desenmarañar la aventura de todo descubrimiento.

Toledo, por su parte, propone un viaje hacia la popularización de las obras de Euclides, Ptolomeo, Hipócrates o Aristóteles a través de las traducciones llevadas a cabo por los intelectuales toledanos; hacia la formación y desarrollo de las universidades de Bolonia o Padua y fundamentalmente hacia el reconocimiento y la convivencia de infinidad de identidades culturales y religiosas donde se forja (valga la paradoja, en medio de la Reconquista) uno de los sustentos de la tolerancia y el respeto civil de Occidente.

Al contrario de los sacrificados personajes míticos, viajar (sea en el tiempo, sea en el espacio) no requiere un sinnúmero de trabajos forzados, ni siquiera el abandono de un sillón cómodo. Mediante la imaginación particular del lector y la solidez de los estudios de los autores de la colección *Memoria de las ciudades* (Grimal, Naoum, Teyssier, Le Goff, Revel, etc.), todo es posible. Hasta que Hércules se incline agradecido.

MIGUEL RUSSO



Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). La historia de Lara Cameron, una mujer que se ha esmerado mucho para estar donde está. A pesar del oscuro pasado que trata de ocultar, su ascenso y su fortuna crecen a ritmos vertiginosos. Pero en medio de ese esplendor hay alguien que planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	1	4
2	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	2	17
3	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos (Sudamericana 17 pesos). El autor de *Yo, el supremo*, ganador del premio Cervantes en 1989, recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de una obra que él mismo reescribe a medida que va leyéndola.	5	4
4	*Historia de Teller*, por Jorge Lanata (Planeta, 13 pesos). Teller se hunde junto con Venecia, ciudad que eligió para buscar una nueva identidad tras renunciar a la que, por nacimiento, le correspondía: Kevin Brian, estrella del rock. Pero la vida después de la muerte fingida tampoco es fácil.	3	7
5	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	7	15
6	*Tifón*, por Mack Joseph (Javier Vergara, 13,20 pesos). Una superarma soviética (el submarino "Tifón") desata, al lanzar un misil de prueba, una guerra entre dos comandantes soviéticos, uno de la vieja guardia y otro de la nueva etapa. En el medio está la armada de Estados Unidos que no logra decidir quién es el enemigo real.	8	2
7	*Cuando digo Magdalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	4	16
8	*Galíndez*, por Manuel Vázquez Montalbán (Planeta, 16 pesos). En 1956, en Nueva York, el representante del gobierno vasco, Jesús de Galíndez, es secuestrado y posteriormente asesinado. 30 años más tarde una joven universitaria norteamericana decide, por su cuenta, investigar el caso que aún se encuentra plagado de enigmas. Una novela del suspenso que le valió a Montalbán el Premio Nacional de Literatura en 1991.	—	1
9	*Los muertos no hablan*, por James Hadley Chase (Emecé, 11 pesos). Ascenso y caída de un gangster de Kansas City. La vida de un simple pistolero que logra convertirse en el jefe del hampa de su ciudad, pero que una vez llegado a la cima cae vertiginosamente, producto de los errores que comete.	6	3
10	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de un amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	9	11

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). El autor de *Más allá de la muerte* se interna en los pabellones de lo misterioso y lo sobrenatural. Niños que realizan viajes astrales, curaciones súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los temas que se abordan en el libro.	1	2
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	74
3	*El Posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). El autor analiza la crisis del modelo democrático en aquellos países en que la clase pudiente es mayoría y examina los diferentes modelos de Estado posibles dentro del campo económico capitalista para saber si el régimen democrático es la meta final a la que hemos llegado o si se está en los albores de la posdemocracia.	5	2
4	*La guerra del siglo XXI*, por Lester Thurow (Vergara 17,20 pesos). Después de la caída del comunismo, de la Guerra Fría, tres bandos (Japón, Europa y Estados Unidos) se disputan el mundo bajo una misma bandera: el capitalismo.	4	8
5	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	3	15
6	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Cinco personajes a través de quienes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno, poder real en el país.	8	33
7	*Todo tiene precio*, por Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo (Planeta, 16 pesos). José Luis Manzano al descubierto en su primera biografía no autorizada. Todo sobre el ministro en fulgurante ascenso: desde su infancia hasta sus días de gloria y de poder.	7	8
8	*Los cien días*, por Sandy Woodward (Sudamericana, 18 pesos). La guerra de las Malvinas vista por el comandante de la flota británica. Todas las experiencias y memorias del progatonista desde la salida de Gibraltar hasta el regreso a Brize Norton.	10	2
9	*Fracturas y continuidades*, por Félix Luna (Sudamericana, 16 pesos). Amparado en materiales inéditos de los 80 y 90, el autor realiza un análisis de las rupturas que se producen en la sociedad y que activan los procesos históricos, y de las continuidades, o líneas de evolución, a través de las cuales se desarrollan esos procesos.	6	5
10	*Reflexiones sobre el amor*, por Leo Buscaglia (Emecé, 15 pesos). Buscaglia incursiona nuevamente en su tema favorito, analizando las virtudes de lo que para él es la única alternativa a la frustración, la soledad y el temor: el amor.	9	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patrio Bullrich— (Capital Federal), El Aleph (La Plata), El Monje (Quilmes), Ameghino, Hommo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Arlette Farge y Natalie Zemon Davis (directoras), Georges Duby y Michelle Perrot (ediciones generales): **Historia de las mujeres en Occidente 3, del Renacimiento a la Edad Moderna** (Taurus). Continuación de la serie que cambió la historiografía al incorporar el análisis de los aspectos más cotidianos y menos conocidos del pasado.

Ezequiel Fernández Moores: **Díganme Ringo** (Planeta). Impecable relato biográfico de Oscar Natalio Bonavena, boxeador, cantante, comparsa del jet-set, showman y, sobre todo, un producto inventado por sí mismo, a la vez emergente de la década del 60.

Patricia Highsmith: **Ese dulce mal** (Alianza). Reedición —primera edición argentina— de un típico ejemplo de ese mundo de claustrofobia e irracionalidad que presentan los textos de Highsmith.

John Conyngham: **La profanación de las tumbas** (Emecé). Mediante la mezcla del realismo político y el romanticismo nostálgico, Conyngham refleja en su novela la complejidad del presente sudafricano y busca en su historia los principios de una contradictoria postura ética.

Carnets///

FICCION

LA OTRA ORILLA
Arturo Uslar Pietri
LA VISITA EN EL TIEMPO

Oscuros linajes

LA VISITA EN EL TIEMPO, por Arturo Uslar Pietri. Norma, 1990, 338 páginas.

De extensa carrera literaria y política, el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri (1906) continúa con *La visita en el tiempo* la serie de novelas históricas que comenzara con *Las lanzas coloradas* en 1931, y que prosiguiera con *Oficio de difuntos* (1978) y *La isla de Robinson* (1981). A diferencia de estas novelas, cuyas situaciones y personajes históricos son latinoamericanos —las guerras de la independencia en Venezuela, Simón Rodríguez—, *La visita en el tiempo* se centra en la figura del hijo bastardo de Carlos V, Don Juan de Austria.

Como señala Peter Pierson en su ya clásico estudio sobre Felipe II, Don Juan de Austria era el personaje más admirado de la corte por su "personalidad exuberante y marcial" y por haber sido el vencedor de Lepanto. Uslar Pietri, obsesionado por esta figura, no excede la interpretación de las manías del protagonista o de su entorno: las demoras de Felipe II, los juegos políticos de Antonio Pérez y el retrato de un príncipe Carlos algo neurótico, que no es el glorificado por Schiller ni el retardado mental que los documentos históricos muestran.

La novela, lejos de ser una reflexión sobre la historia, es un catálogo de las intrigas de la corte, que el autor —quien intenta ser fiel a los acontecimientos pasados— narra sin anacronismos perturbadores y sin interferencias de lo que no consta en el documento histórico —salvo la aparición de rigor de Don Quijote y Sancho Panza.

No es la primera vez que novelistas contemporáneos hispanoamericanos recurren a la época de Felipe II para develar el enigma de nuestra situación actual, como lo demuestran los ejemplos de Carlos Fuentes con su monumental *Terra Nostra* y las novelas de Juan Goytisolo. Sin embargo, *La visita en el tiempo* jamás alcanza la intensidad de aquellas porque no logra develar los engranajes de un gobierno marcado por la intolerancia, el mesianismo y el derroche. La perspectiva del narrador se circunscribe a un plano personal: la naturaleza de la herencia del poder y el problema de la identidad de Juan de Austria, llamado Jerónimo hasta descubrir que su padre es Carlos V. Sólo tras la victoria de la guerra de Lepanto ("La guerra era una gran borrachera. Nadie sabía lo que había hecho"), el protagonista conquista la identidad que le da su nombre, Don Juan de Austria, título previamente otorgado por Felipe II.

Arturo Uslar Pietri es un escritor consagrado: respaldado por una larga trayectoria, en 1990 recibió el Premio Príncipe de Asturias. La sacralidad de su autor se desplazó, en este caso, a su novela y a la mirada que posó sobre la historia. Una visita al tiempo como si el tiempo fuera un museo donde nada puede ser tocado, nada puede ser modificado.

GONZALO MOISES AGUILAR

ENSAYO

Lectura de viajes

TEBAS. 1250 a.C., por Rose-Marie Jouret (directora). Alianza, 1992, 272 páginas.
LISBOA. EXTRAMUROS 1415-1580, por Michel Chandeigne (director). Alianza, 1992, 286 páginas.
TOLEDO. SIGLOS XII-XIII, por Louis Cardaillac (director). Alianza, 1992, 284 páginas.

Existen dos caminos al emprender un viaje: el espacio y el tiempo. El primero de los recorridos supone una serie de inconvenientes mimetizados en estaciones, paradas, choferes, aduanas, aeropuertos, funcionarios y límites que se transforman en instrumentos de inesperada tortura. El segundo implica la limitación de reanudar la vida cotidiana del viajero soñador en una fecha concreta. Ahora bien, ¿dónde queda el verdadero espíritu placentero del viaje? ¿Dónde la abolición de distancias (en un metro o en miles de kilómetros) y horarios (en un fin de semana o en treinta siglos)?

Los Argonautas, que a bordo de un navío emprendieron el viaje a la Cólquide para conquistar el Vellocino de Oro, algo sabían sobre el carácter de la respuesta. Por ello, pelearon contra dragones y toros furiosos con cuernos de bronce, fueron perseguidos por varios ejércitos (incluido el de las Amazonas) y tentados por los encantos terribles de las Sirenas.

De haber vivido en este fin de siglo, quizá Hércules, Jasón, Teseo, Laertes o algún otro de aquellos Argonautas hubieran optado por cualquiera de los tres títulos de la colección *Memoria de las ciudades* que la editorial Alianza publicó este año.

Esta colección se sitúa en el estudio de la época más característica de una ciudad. Es decir, un espacio y un tiempo determinados que al confluir contribuyeron al desarrollo de la civilización actual.

Por estos tres ensayos desfilan el Egipto del siglo XII antes de Cristo durante el reinado en Tebas de Ramsés II; el Portugal de 1415 a 1580 con su ciudad Lisboa como punto de partida para el descubrimiento del mundo y la España de los siglos XII y XIII con Toledo como centro neurálgico de la multiplicidad de voces.

Si se elige Tebas, se puede viajar por la construcción de un universo nuevo: renovación religiosa y búsqueda teológica; reestructuración de las cualidades físicas y morales de sus ciudadanos; comienzo de una administración que actuará para mayor beneficio del pueblo; revolución arquitectónica en sus templos, fuertes, canteras y santuarios. Ramsés II como gobernador de la ciudad que el dios Amón-Ra calificó como *su lugar*. Administrador, constructor o conquistador, la imagen de Ramsés es la de una Tebas en su mayor esplendor. Las fotos, los mapas, los análisis de los autores y una frondosa cronología dan muestras irrefutables de ello.

Si se desea conocer la Lisboa del siglo XV, se verá cómo la política portuguesa actuó como punta de lanza de la expansión europea. Todo era posible de ser reconocido por los navegantes que partían de aquel puerto en el cual un ignoto Cristóbal Colón hacía sus primeras armas. La consigna de Lisboa era "navegar es indispensable, vivir no lo es". Ante esa perspectiva y por medio de grabados, ensayos y abundante cartografía de la época se recorren los casi 170 años de dominio marítimo portugués a través de Asia, Africa y la por entonces joven América acompañados de comerciantes, misioneros y marinos para desenmarañar la aventura de todo descubrimiento.

Toledo, por su parte, propone un viaje hacia la popularización de las obras de Euclides, Ptolomeo, Hipócrates o Aristóteles a través de las traducciones llevadas a cabo por los intelectuales toledanos; hacia la formación y desarrollo de las universidades de Bolonia o Padua y fundamentalmente hacia el reconocimiento y la convivencia de infinidad de identidades culturales y religiosas donde se forja (valga la paradoja, en medio de la Reconquista) uno de los sustentos de la tolerancia y el respeto civil de Occidente.

Al contrario de los sacrificados personajes míticos, viajar (sea en el tiempo, sea en el espacio) no requiere un sinnúmero de trabajos forzados, ni siquiera el abandono de un sillón cómodo. Mediante la imaginación particular del lector y la solidez de los estudios de los autores de la colección *Memoria de las ciudades* (Grimal, Naoum, Teyssier, Le Goff, Revel, etc.), todo es posible. Hasta que Hércules se incline agradecido.

MIGUEL RUSSO





BIOGRAFIA

Nace un político

TODO TIENE PRECIO, por Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo. Planeta, colección Espejo de la Argentina, 1992, 286 páginas.

DANIEL CAPALBO / GABRIEL PANDOLFO
TODO TIENE PRECIO



BIOGRAFIA NO AUTORIZADA DE JOSE LUIS MANZANO

Resulta obvio a esta altura de las circunstancias que la década del 80 hizo emerger en la Argentina, entre otras muchas cosas, una novísima generación política salvajemente escindida —tanto en lo que hace al *look* como en lo que configura un discurso— de la imagen de político tradicional que hasta el momento imperaba. Factor íntima y previsiblemente ligado a la tan promovida muerte de las ideologías, esa generación tuvo como primer e indiscutible referente a Enrique Nosiglia. Pero si Nosiglia fue un referente, se puede afirmar sin hesitar que José Luis Manzano se erigió como la instancia modélica del dirigente *aggiornado*.

Lobista, operador, gerente, monje negro, *yuppie* o recaudador de la Corona, Manzano no sólo representa una nueva manera de hacer política sino que deviene la configuración más acabada y pulida de una nueva deidad en cuyo honor se pueden sacrificar los principios más elementales: el pragmatismo. Hacedor de una carrera política meteórica y fulgurante, pasó de ser uno de los soldados más fervorosos de la renovación justicialista y lugarteniente de Antonio Cafiero a titular del ministerio político más importante del país sin necesidad de haber ganado jamás una elección. Una trayectoria, cuanto menos, paradigmática. Y un paradigma, cuanto menos, inquietante.

El libro de Capalbo y Pandolfo, sostenido en un ritmo periodístico que le presta una dinámica nada desdeñable, muestra al actual ministro del Interior como un hombre cuyas actividades públicas y privadas parecen tener un designio tan reiterativo como fatal: son una cantera de versiones múltiples y contradictorias entre sí. Un hombre cuya más íntima naturaleza parece ser la de sobrevivir en estado de sospecha. Una sospecha que en el plano discursivo se resuelve —y aquí Manzano también resulta paradigmático— a favor de una respuesta uniforme: proclamarse víctima propiciatoria de una campaña orquestada (por un enemigo tan lábil como fantasmático).

Todo tiene precio recorre prolijamente el itinerario de uno de los personajes que llegó a ser el más cuestionado del país: desde su juventud militante en Tupungato (Mendoza) hasta su participación —siempre elusiva, sugerida, casi de sesgo— en el caso de Petroquímica Bahía Blanca o el Yomagate, pasando por la historia —ópera bufa y siniestra— del crédito otorgado por el Banco Hipotecario Nacional. Acaso el único flanco débil del libro sea el epílogo, donde se abusa de un psicologismo de entrecasa que nada aporta al tono general del volumen.

Capalbo y Gandolfo consignan una declaración de Manzano formulada a fines de 1987 y que en su momento constituyó poco menos que una declaración de principios: "(...) Si yo los defraudara, si dentro de tres años yo pasara por ahí mismo y me dijeran 'ahí va el hijo de puta de Manzano', me suicido". Pero el espacio político vernáculo rebosa de promesas incumplidas.

OSVALDO GALLONE

ENSAYO

Investigación científica y placer literario



EL ORDENADOR COMO CIENTIFICO y CRONICAS MARCIANAS, por Martin Gardner. Paidós, 1992, 184 y 174 páginas, respectivamente.

En las luminosas páginas iniciales de *Los crímenes de la calle Morgue*, Edgar Allan Poe delinea las características de un espíritu analítico: "Goza incluso en las ocupaciones más triviales, siempre que pongan en juego su talento. Le encantan los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, y al solucionarlos muestra un grado de perspicacia que, para la mente ordinaria, parece sobrenatural". No era esta definición lo único que hizo Poe con el cuento: inauguró el género literario moderno más perdurable, el policial.

Este género —intuía Poe, antes que otros llegaran para teorizarlo— es la narración de la aventura y los caminos del saber, y al fundarlo proponía una alianza que el tiempo terminaría por abolir: la que une la investigación científica con los placeres de la literatura.

El matemático norteamericano Martin Gardner, autor de obras de divulgación de acertijos lógicos, cree que esa alianza nunca debió abandonarse y que mucho puede esperarse todavía de ella. En estos dos libros que recogen artículos y prólogos publicados entre 1965 y 1986, Gardner recorre, sin ánimo de fronteras, el ensayo científico, los jeroglíficos, las adivinanzas y los estudios literarios. Como si se empeñara en no olvidar que la palabra "quark", que designa partículas electrónicas, debe su nombre a una invención de Joyce en el *Finnegan's Wake* y que los números suelen, en su equilibrio idealista, organizar varias tramas literarias.

A este afán de persistencia suma Gardner una claridad para explicar problemas lógicos y matemáticos, para dar cuenta de los últimos avances de la física y una nada pedante erudición para lanzarse a la crítica literaria, analizando la obra de H. G. Wells, de su admirado lord Dunsany, de James Joyce y *La balada del viejo marinero*, de Coleridge.

También campea en sus páginas un refinado sentido del humor, un humor que puede ser calificado como científico. El que sucede cuando el saber se ve obligado a imaginar lo inconcebible y a dotar a esa imaginación de una lógica que convierta a las hipótesis en necesarias, más allá de su extravagancia y de su imposibilidad de ser puestas a prueba. En el recorrido por la ciencia que realiza Gardner nunca se dejan de lado los interrogantes del saber que se vinculan con las grandes preguntas metafísicas por el sentido del mundo. Allí es donde vuelven a anudarse ciencia y cultura.

Estos dos libros de Gardner nuclean dos tipos de lectores: los devotos de la ciencia que hallarán en la literatura un territorio que no les resultará extranjero y los frecuentadores de la cultura para quienes el pensamiento lógico y matemático se revelará como un mapa familiar y accesible. Todo tramado bajo la forma de un acertijo, pues, por más que se lo presente en compartimentos separados, el universo y sus múltiples manifestaciones, siguen formando parte de un mismo paisaje.

MARCOS MAYER

FICCION

Madre hay una sola

ALBERT COHEN
El libro de mi madre



EL LIBRO DE MI MADRE, por Albert Cohen. Anagrama, 1992, 144 páginas.

Los griegos inscribían, sobre el mármol o la piedra, *Alejandro, hijo de Filipo*, pero no *hijo de Olimpia*. La Antígona de Sófocles, símbolo de piedad filial, se ocupa de su padre. El Orestes de Eurípides se excusa de inmolar a su madre diciendo que el padre es el verdadero autor de nuestros días. Sócrates recomendaba amar a las madres, pero las asociaciones del amor socrático son otras. Venus y Cupido son la única figuración artística generalizada de madre e hijo. Coriolano levanta el asedio por un pedido maternal, pero, independientemente de esas gentilezas más o menos históricas, tenemos, en griego y en latín, *Consolationes* célebres; su objeto es la muerte de un pájaro, de un amigo, de un hijo, de una hija, de un padre, nunca de una madre.

Albert Cohen escribe su libro desde una conciencia inconmovible: el amor a la madre es un sentimiento judaico. Isaías compara a Dios con una madre, pero Cohen está más cerca de otro profeta; él compone una jeremiada para su madre difunta. La muerte es el ataque al corazón de una mujer cardíaca, la estrella amarilla cosida sobre el pecho, en la Marsella de la ocupación alemana, lejos del hijo adorado que estaba a salvo en Londres. Cohen abrirá sus *Carnets 1978* —todavía no traducidos— con una invocación cuasi sarmientina: "En mi vejez, me dirijo hacia ti, mamá muerta, y es mi pobre felicidad hacerte vivir un poco...". A los ochenta y dos años, cuando siente más próximo el fin, sus interlocutores no han cambiado, son los de *El libro de mi madre* (1954), él mismo, el Dios de Israel —en quien todavía no cree—, inescapablemente su madre. Tampoco el tono casi rítmico, salmodiado, de las invocaciones.

La madre fue, para Cohen, la mujer de su vida. El jesuita Huc, en *Viaje a China*, cuenta que un maestro podía encargar a sus alumnos que le escribieran las cartas para su madre; ninguno ignoraría en qué términos hacerlo. A contrapelo, Cohen parte sin saber cómo se escribe sobre la madre. Pocos años antes, en 1950, Roger Peyrefitte había publicado *La muerte de una madre*, libro de régimen clásico, razonador y discursivo. Peyrefitte se nos muestra como el gran escritor ávido por no perder la ocasión literaria de una fecha única en la vida. Cohen elige un estilo solitario, que rechaza los precedentes, sólo para su íntimo aclaramiento consigo mismo en cada momento, que tiene sentido pleno y entera necesidad, como si fuese el testimonio sudoroso de una lucha mental.

No hay en el libro una acción que progrese; de lo que se trata es de trazar y de recuperar el medallón, el camafeo —un género decimonónico que le resulta imposible—, de encontrar la anécdota, ese conocido choque de la universalidad del concepto y de la singularidad de la persona, que sea justa, definitiva y reveladora. En esta búsqueda, el libro recomienza en cada página, pero la narración es única; cada falso comienzo es irrepetible, inmejorable. *L'esprit de l'escalier*, pero no como reescritura y pulido de lo mismo, sino como acercamiento infinitesimal, como la graduación de un instrumento cuya exactitud vuelve difícil de calibrar.

Que se publique en español recién en 1992 un libro de hace cuatro décadas es el resultado de una de las carreras literarias más extrañas de las letras francesas. Desde que fundó la *Revue Juive* —cuyo sumario reunía en 1925 a Freud con Einstein—, Albert Cohen no cesó jamás de escribir. En cincuenta años y en siete libros, Cohen llegó a la Pléiade, pero todos los reconocimientos fueron posteriores a la decisión de Gaston Gallimard de publicar en 1968 *Bella del Señor* —así en Anagrama—.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO



BIOGRAFIA

Nace un político

TODO TIENE PRECIO, por Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo. Planeta, colección Espejo de la Argentina, 1992, 286 páginas.



Resulta obvio a esta altura de las circunstancias que la década del 80 hizo emerger en la Argentina, entre otras muchas cosas, una novísima generación política salvajemente escindida —tanto en lo que hace al *look* como en lo que configura un discurso— de la imagen de político tradicional que hasta el momento imperaba. Factor íntima y previsiblemente ligado a la tan promovida muerte de las ideologías, esa generación tuvo como primer e indiscutible referente a Enrique Nosiglia. Pero si Nosiglia fue un referente, se puede afirmar sin hesitar que José Luis Manzano se erigió como la instancia modélica del dirigente *aggiornado*.

Lobista, operador, gerente, monje negro, *yuppie* o recaudador de la Corona, Manzano no sólo representa una nueva manera de hacer política sino que deviene la configuración más acabada y pulida de una nueva deidad en cuyo honor se pueden sacrificar los principios más elementales: el pragmatismo. Hacedor de una carrera política meteórica y fulgurante, pasó de ser uno de los soldados más fervorosos de la renovación justicialista y lugarteniente de Antonio Cafiero a titular del ministerio político más importante del país sin necesidad de haber ganado jamás una elección. Una trayectoria, cuanto menos, paradigmática. Y un paradigma, cuanto menos, inquietante.

El libro de Capalbo y Pandolfo, sostenido en un ritmo periodístico que le presta una dinámica nada desdeñable, muestra al actual ministro del Interior como un hombre cuyas actividades públicas y privadas parecen tener un designio tan reiterativo como fatal: son una cantera de versiones múltiples y contradictorias entre sí. Un hombre cuya más íntima naturaleza parece ser la de sobrevivir en estado de sospecha. Una sospecha que en el plano discursivo se resuelve —y aquí Manzano también resulta paradigmático— a favor de una respuesta uniforme: proclamarse víctima propiciatoria de una campaña orquestada (por un enemigo tan lábil como fantasmático).

Todo tiene precio recorre prolijamente el itinerario de uno de los personajes que llegó a ser el más cuestionado del país: desde su juventud militante en Tupungato (Mendoza) hasta su participación —siempre elusiva, sugerida, casi de sesgo— en el caso de Petroquímica Bahía Blanca o el Yomagate, pasando por la historia —ópera bufa y siniestra— del crédito otorgado por el Banco Hipotecario Nacional. Acaso el único flanco débil del libro sea el epílogo, donde se abusa de un psicologismo de entrecasa que nada aporta al tono general del volumen.

Capalbo y Gandolfo consignan una declaración de Manzano formulada a fines de 1987 y que en su momento constituyó poco menos que una declaración de principios: "(...) Si yo los defraudara, si dentro de tres años yo pasara por ahí mismo y me dijeran 'ahí va el hijo de puta de Manzano', me suicido". Pero el espacio político vernáculo rebosa de promesas incumplidas.

OSVALDO GALLONE

ENSAYO

Investigación científica y placer literario



EL ORDENADOR COMO CIENTIFICO y CRONICAS MARCIANAS, por Martin Gardner. Paidós, 1992, 184 y 174 páginas, respectivamente.

En las luminosas páginas iniciales de *Los crímenes de la calle Morgue*, Edgar Allan Poe delinea las características de un espíritu analítico: "Goza incluso en las ocupaciones más triviales, siempre que pongan en juego su talento. Le encantan los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, y al solucionarlos muestra un grado de perspicacia que, para la mente ordinaria, parece sobrenatural". No era esta definición lo único que hizo Poe con el cuento: inauguró el género literario moderno más perdurable, el policial.

Este género —intuía Poe, antes que otros llegaran para teorizarlo— es la narración de la aventura y los caminos del saber, y al fundarlo proponía una alianza que el tiempo terminaría por abolir: la que une la investigación científica con los placeres de la literatura.

El matemático norteamericano Martin Gardner, autor de obras de divulgación de acertijos lógicos, cree que esa alianza nunca debió abandonarse y que mucho puede esperarse todavía de ella. En estos dos libros que recogen artículos y prólogos publicados entre 1965 y 1986, Gardner recorre, sin ánimo de fronteras, el ensayo científico, los jeroglíficos, las adivinanzas y los estudios literarios. Como si se empeñara en no olvidar que la palabra "quark", que designa partículas electrónicas, debe su nombre a una invención de Joyce en el *Finnegan's Wake* y que los números suelen, en su equilibrio idealista, organizar varias tramas literarias.

A este afán de persistencia suma Gardner una claridad para explicar problemas lógicos y matemáticos, para dar cuenta de los últimos avances de la física y una nada pedante erudición para lanzarse a la crítica literaria, analizando la obra de H. G. Wells, de su admirado lord Dunsany, de James Joyce y *La balada del viejo marinero*, de Coleridge.

También campea en sus páginas un refinado sentido del humor, un humor que puede ser calificado como científico. El que sucede cuando el saber se ve obligado a imaginar lo inconcebible y a dotar a esa imaginación de una lógica que convierta a las hipótesis en necesarias, más allá de su extravagancia y de su imposibilidad de ser puestas a prueba. En el recorrido por la ciencia que realiza Gardner nunca se dejan de lado los interrogantes del saber que se vinculan con las grandes preguntas metafísicas por el sentido del mundo. Allí es donde vuelven a anudarse ciencia y cultura.

Estos dos libros de Gardner nuclean dos tipos de lectores: los devotos de la ciencia que hallarán en la literatura un territorio que no les resultará extranjero y los frecuentadores de la cultura para quienes el pensamiento lógico y matemático se revelará como un mapa familiar y accesible. Todo tramado bajo la forma de un acertijo, pues, por más que se lo presente en compartimentos separados, el universo y sus múltiples manifestaciones, siguen formando parte de un mismo paisaje.

MARCOS MAYER

FICCION

Madre hay una sola



EL LIBRO DE MI MADRE, por Albert Cohen. Anagrama, 1992, 144 páginas.

Los griegos inscribían, sobre el mármol o la piedra, *Alejandro, hijo de Filipo*, pero no *hijo de Olimpia*. La Antígona de Sófocles, símbolo de piedad filial, se ocupa de su padre. El Orestes de Eurípides se excusa de inmolar a su madre diciendo que el padre es el verdadero autor de nuestros días. Sócrates recomendaba amar a las madres, pero las asociaciones del amor socrático son otras. Venus y Cupido son la única figuración artística generalizada de madre e hijo. Coriolano levanta el asedio por un pedido maternal, pero, independientemente de esas gentilezas más o menos históricas, tenemos, en griego y en latín, *Consolationes* célebres; su objeto es la muerte de un pájaro, de un amigo, de un hijo, de una hija, de un padre, nunca de una madre.

Albert Cohen escribe su libro desde una conciencia inconmovible: el amor a la madre es un sentimiento judaico. Isaías compara a Dios con una madre, pero Cohen está más cerca de otro profeta; él compone una jeremiada para su madre difunta. La muerte es el ataque al corazón de una mujer cardíaca, la estrella amarilla cosida sobre el pecho, en la Marsella de la ocupación alemana, lejos del hijo adorado que estaba a salvo en Londres. Cohen abrirá sus *Carnets 1978* —todavía no traducidos— con una invocación cuasi sarmientina: "En mi vejez, me dirijo hacia ti, mamá muerta, y es mi pobre felicidad hacerte vivir un poco...". A los ochenta y dos años, cuando siente más próximo el fin, sus interlocutores no han cambiado, son los de *El libro de mi madre* (1954), él mismo, el Dios de Israel —en quien todavia no cree—, inescapablemente su madre. Tampoco el tono casi rítmico, salmodiado, de las invocaciones.

La madre fue, para Cohen, la mujer de su vida. El jesuita Huc, en *Viaje a China*, cuenta que un maestro podía encargar a sus alumnos que le escribieran las cartas para su madre; ninguno ignoraría en qué términos hacerlo. A contrapelo, Cohen parte sin saber cómo se escribe sobre la madre. Pocos años antes, en 1950, Roger Peyrefitte había publicado *La muerte de una madre*, libro de régimen clásico, razonador y discursivo. Peyrefitte se nos muestra como el gran escritor ávido por no perder la ocasión literaria de una fecha única en la vida. Cohen elige un estilo solitario, que rechaza los precedentes, sólo para su íntimo aclaramiento consigo mismo en cada momento, que tiene sentido pleno y entera necesidad, como si fuese el testimonio sudoroso de una lucha mental.

No hay en el libro una acción que progrese; de lo que se trata es de trazar y de recuperar el medallón, el camafeo —un género decimonónico que le resulta imposible—, de encontrar la anécdota, ese conocido choque de la universalidad del concepto y de la singularidad de la persona, que sea justa, definitiva y reveladora. En esta búsqueda, el libro recomienza en cada página, pero la narración es única; cada falso comienzo es irrepetible, inmejorable. *L'esprit de l'escalier*, pero no como reescritura y pulido de lo mismo, sino como acercamiento infinitesimal, como la graduación de un instrumento cuya exactitud vuelve difícil de calibrar.

Que se publique en español recién en 1992 un libro de hace cuatro décadas es el resultado de una de las carreras literarias más extrañas de las letras francesas. Desde que fundó la *Revue Juive* —cuyo sumario reunía en 1925 a Freud con Einstein—, Albert Cohen no cesó jamás de escribir. En cincuenta años y en siete libros, Cohen llegó a la Pléiade, pero todos los reconocimientos fueron posteriores a la decisión de Gaston Gallimard de publicar en 1968 *Bella del Señor* —así en Anagrama—.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO



EL DISPARO DE ARGON

ANTICIPO DE LA NOVELA DEL JOVEN JUAN VILLORO

El próximo martes la editorial Alfaguara hará que los lectores argentinos conozcan a un escritor mexicano de treinta y seis años, autor de dos libros de relatos, otros dos de crónicas y otros dos infantiles: el 1° de diciembre, "El disparo de Argón", nueva novela de Juan Villoro, estará en librerías. Primer Plano anticipa en exclusiva un fragmento de este thriller que mezcla la intriga en un hospital, el agobio de una ciudad que se desdibuja y la difícil búsqueda de un amor.

JUAN VILLORO

Era de mañana, pero no de día. Un cielo cerrado, artificial. Las cosas aún no ganaban su espesura; intuí a la bailarina en el escaparate, la zapatilla rosácea apuntando hacia el cristal, las pestañas sedosas, los párpados bajos, ajenos a las sombras de la calle. Normalmente, lo primero que veo en San Lorenzo es una explosión de rótulos, cables de luz, ropas encendidas en rojo, verde, anaranjado. Ahora el cielo aplastaba las casas de dos pisos; las azoteas eran miradores a una catástrofe negra y segura.

Y si embargo la vida seguía como si nada: un voceador se calentaba las manos en la nube de un anafre, un gendarme escupía despacio en una alcantarilla, un afilador ofrecía su piedra giratoria soplando un silbato de aire algodonoso, gastado. El olor de siempre, a basura fresca, como si por aquí hubiera un muelle, una orilla para ver el agua; respiré con ganas: un efluvio de mercado recién puesto que en unas horas olería a mierda, carbón, venenos químicos. ¿Cuánto falta para que nos desplomemos sintiendo una moneda amarga en la boca? Poco, muy poco, según el neumólogo que impartió un curso de terror en la clínica. Aunque el dato más alarmante fue su cara (una dermatitis casi teatral, de pesadilla nuclear), soltó suficiente información para convencernos de que es un agravio médico respirar este aire. Por enésima vez me pregunté qué me retiene en la ciudad ¿Será la cultura del aguante tan propagada por mi padre, ese gusto por la resistencia inútil? Desde que tengo uso de razón he oído discursos sobre los valientes que le sonríen a la metralla y se desbarrancan gustosos en cañadas. Mi padre enseña Historia en escuelas secundarias con nombres de célebres derrotas (Héroes de Churubusco, Mártires Irlandeses, Defensores de Chapultepec) y vive para enaltecer momentos de resistencia sin visos de triunfo: el pasado es un fantástico desastre, una épica con geniales maneras de morir. Tal vez elegí la medicina como una forma secreta de compensar las heridas, la sangre caliente, deliciosa, que atraviesa sus conversaciones.

De cualquier forma, mi padre no hace sino otorgarle prestigio histórico a una tradición profunda; que yo sepa, no hay otro pueblo más propenso a infligirse molestias, a soportar una golpiza sin pedir perdón, a comer suficiente picante para perforar el duodeno, a beber los seis litros de pulque que duermen la lengua, a tener aguante. En mis noches en la Cruz Verde encontré a más de un acuchillado que me pidió que lo cosiera sin anestesia: "A valor mexicano".

Justo en ese momento pasé junto a un tablón en la acera que ofrecía artesanías. A pesar de la oscuridad distinguí las espirales de barro que imitaban excrementos; en un alarde de realismo, el alfarero había colocado semillas, aquello era el saldo de una indigestión de chile. Pensé en los dibujos de excrementos en los códices aztecas que tanto le interesan al Maestro Antonio Suárez: los pecados de una cosmogonía cuyo infierno es la vida.

Me detuve en esa mañana sin día. ¿Qué me hace respirar el aire minuciosamente inventariado por el neumólogo? Nada. Una inmovilidad mediocre como una intramitable condena burocrática. ¿Adónde puedo irme? ¿A la playa que me obligaría a un lirismo avasallante? Los paraísos reclaman médicos generales: ante tanta salmonelosis, ¿quién piensa en cirugías refractivas? Entonces mi estado de ánimo, que depende de las nubes más de lo que quisiera admitir, cambió por completo: unos papeles flotaron en el aire como manchas cremosas, un trolebús naranja sesgó el tráfico, los tiestos de un balcón palidecieron en un verde lima y al fondo, muy al fondo, un perro gris vibró como un charco vacilante. "Tenemos luz, tenemos", decía Antonio Suárez al extraer una catarata. "Tenemos luz", pensé al recibir el sol y las miradas de los vecinos que veían mi bata como si se impusiera por sí misma, como si algo mejorara con un médico caminando entre las primeras luces y el vapor de los elotes.



Juan Villoro, joven mexicano, desconocido aquí hasta el martes.

En su país, en cambio, se recibieron muy bien sus seis libros anteriores.

Filatelistas es una diagonal llena de tiendas. Número 34: la Clínica Suárez. Un par de cuadras más.

Era jueves de tianguis y una voz ultranasal clamaba:

—¡Cómo vendo y cómo me divierto!

Pasé bajo los toldos bugambilia. Una mujer que parecía llevar en su cabeza el pelo de seis personas me dijo "güerito" para que probara sus plátanos dominicos. Excelentes.

Tal vez el cansancio, el aire envenenado, los muchos pasos aflojaron mis reflejos; el caso es que vi el accidente con la impávida curiosidad de quien observa un truco de barajas: el ciclista fue arrollado frente a la tienda de cristales y tuve la extraña impresión de que moría en la calle y se salvaba en un espejo; el cuerpo saltó en una cabriola descompuesta y su imagen entró sin pérdida a la cristalería.

Un titán de pelo compacto (una especie de casco capilar) que ofrecía el *Esto* y bolsas con libros color aceituna, se dirigió al lugar del accidente y zafó la bicicleta de la defensa: los rayos giraron con muchas cuentas de plástico. La dueña del coche tenía las manos crispadas sobre el rostro, alguien le abrió la puerta, bajó a ver al atropellado.

De pronto sentí que me abrían paso. "La bata blanca." Me agaché en la sombra improvisada por los curiosos; me sorprendió sentir el pulso en la muñeca, esperaba encontrar a alguien "bastante muerto", como dice uno de nuestros camilleros. El cuerpo no mostraba siquiera un raspón pero debía tener fracturas bajo el jersey azul y oro. Vi el empeine de la mujer, suave, curvo; estuve a punto de tocarlo, pero me incorporé y encontré un rostro escurrido de *rimmel*.



—Voy por una camilla —dije.

Lupe, el conserje de la clínica, es un hombre reducido a oreja. No hace otra cosa que escuchar su radio de transistores y cerrar el edificio en las noches.

—Hoy vamos contra el Betis —me ofreció una sonrisa café.

En algún momento equivocado le comenté que mi equipo era el Atlante y aquilató la información en tal forma que me mantiene al corriente de los avatares de Hugo Sánchez en España y cada tercer día me explica que tiene los dientes cafés porque el agua de San Felipe Xotepec es canija.

Los camilleros viven para no salir a la calle. Hace unas semanas un atropellado murió antes de que acabaran de discutir sobre la pertinencia de abandonar la clínica. El doctor Ugalde, nuestro subdirector, bajó desde el cuarto piso y les recordó el juramento hipocrático (que no han prestado). Los camilleros le mostraron un ejemplar de la Ley Federal de Trabajo asombrosamente leído donde una maraña jurídica los libra de ocuparse de asuntos de vida o muerte.

Cuando entré a Urgencias lo único vital era impedir que se ahorcara la *mula* de seis. Los camilleros jugaban contra los sastres de *La Distinción* (uno de ellos sólo se concentra si tiene alfileres en la boca).

—No hay fijón —el camillero mayor ahuyentó las migajas de galleta que tenía en el pecho y sólo se levantó cuando supo que su compañero estaba *firme*. El sastre escupió un alfiler sobre las fichas.

La mujer acompañó la camilla hasta la entrada de la clínica. Casi se desmayó al ver la fachada con un mensaje poco confortante: "Clínica de ojos Antonio Suárez". Me miró angustiada: ¡¿No íbamos a salvar a su víctima con un examen de la vista!?

—También operamos —dije, y es-



Detalle de la portada de "El disparo de Argón", gran thriller.

to pareció tranquilizarla.

El voceador dejó la bicicleta junto al banquillo de Lupe. Le compré un ejemplar del *Esto* para el conserje y un clásico en bolsa de hule que resultó ser *El camino de la mente hacia Dios*.

Ya arriba hojeé el libro y el pulgar me quedó gris. Nuestro director no ha hecho el menor comentario sobre los clásicos semanales, y lo más probable es que ignore su existencia, pero los adquirimos con un furor que no siempre tiene que ver con la lectura; durante años hemos oído al Maestro hablar de los genios que ahora amanecen en manos del voceador. En nuestras repisas crece un segmento de libros verde oliva que al menos visualmente nos acerca a Antonio Suárez.

Salí en camiseta de los vestidores y una mano anónima me amarró la filipina. Tardísimo para la operación. Me incliné, la respiración entrecortada, sobre el cuerpo a mi disposición. El campo había sido preparado en exceso, el yodo llegaba hasta la sien opuesta. Cinco minutos más y alguien se habría hecho cargo de mi paciente. Puse las manos en el visor del microscopio y aguardé un momento, lo necesario para pensar que ese paciente no era el mío. Estuve a punto de revisar la muñequera de tela adhesiva; si no lo hice fue porque ignoraba el nombre correcto. Ajusté el microscopio: un caso idéntico al mío, ¿pero era el mío? Cuando la enfermera (¿Lupita?) me tendió el ocutomo lo tomé con cautela; el metal brillaba bajo la luz neón, un filamento superpulido, tal vez contaminado. Mis veinte minutos de retraso bastaban para colocar en la plancha un cuerpo con severa condición cardíaca, para infectar el instrumental, para ponerme en estado de alerta total. Me separé del visor y vi, en una cercanía deforme, los cinco pares de ojos que me veían sudar, los uniformes frescos, la respiración acompasada de la enfermera (sus pechos oscilaban suavemente). La madre Carmen buscó una ocupación y limpió con minucia innecesaria unas tijeras. Tal vez era el momento de arrancarme el tapabocas y gritar que estaba harto de esos cuidados excesivos, harto de la rebuscada eficiencia de los últimos días, tan parecida a una conspiración.

Alguien con más carácter se habría dejado llevar por un arrebato histérico, pero yo no; me contuve; realicé una operación normal (un caso sin complicaciones, al fin y al cabo) y luego me di un baño que acabó por preocuparme de otro modo. A los treinta y seis años la grasa empieza a cobrar su cuota; enjaboné un vientre desagradable; con ropas, me olvido de la carne cansada, que no llega a la gordura, pero que al recibir el agua o ser frotada por la toalla me recuerda mi vida sin squash, sin riesgos, sin decisiones que me consuman como una llama fría, sin complicadas alternancias eróticas. A fin de cuentas tal vez me convenga la tensión que envenena los quirófanos; cien mañanas como ésta y estaré en forma. Me vestí y a la altura del cinturón (un orificio negociado con esfuerzo) pensé en la situación de la clínica. No hay jefe de Retina y hasta los que no tenemos mayor interés en el puesto hemos caído en una rabiosa competencia. El asunto se debería haber liquidado hace ya varias semanas, pero el Maestro Antonio Suárez ha estado fuera de la clínica. La verdad sea dicha, no sé qué espera, ¿que los escalpelos se encajen con filo renovado hasta que sobreviva un primer espada? En el fondo, una sincera carnicería nos vendría mejor que esta sorda manera de cumplir *en contra* de los demás: la impecable cauterización del doctor Ferrán es un agravio al doctor Solís, no hay forma de hacer algo bien sin joder al de al lado. Nos observan, nos estudian, los ojos roturados en las paredes vigilan nuestros actos, a tal grado que hasta los menos factibles empezamos a sentirnos candidatos. Hace dos meses era obvio que nombrarían a Ferrán; ahora nada sería más ilógico que una solución "obvia". ¿Cuál es el juego de Suárez? ¿Quiere que nos sintamos incluidos por igual para activar nuestras reservas de entusiasmo, intriga y ambición? Si es así, lo ha logrado. Nunca estuvimos tan comprometidos con la clínica y nunca nos odiamos más. Incluso Ferrán, un hombre de unos sesenta años, vive al borde del colapso. Su capacidad de resentimiento no tiene límites: para él, cada día en la clínica ha sido una vejación, un desconocer su excepcional estatura; sin embargo, compite por el puesto como si creyera en la imparcialidad de la elección. Tal vez lo hace para quejarse con más rencor cuando el elegido sea otro.

La jefatura de Retina comporta pocas satisfacciones, pero Suárez la ha hecho interesante con tantos titubeos. Ugalde, el subdirector, dice que esperemos y nos da oficiosos apretones de manos. Pero la posposición ya alcanza un grado monomaníaco. ¿Le habrá pasado algo a Suárez? Hasta hace poco nadie se ocupaba de su ausencia; a fin de cuentas sus horarios nunca han sido los nuestros; le gusta asumirse como un capitán oculto en su camarote: la tripulación nunca ve al hombre que define la derrota de la nave. Ahora su presencia es necesaria para resolver algo tangible, urgente: ¿quién de nosotros empacará sus cosas para subir al cuarto piso?

Regresé al consultorio y vi el libro recién comprado. Increíble que ya tuviera una película de polvo. Entonces, por un segundo, se atravesaron dos imágenes: Suárez y el puesto de revistas. Me di cuenta de algo que tal vez había notado sin darle importancia: hace semanas, tal vez meses, que Suárez no aparece en la prensa. Esto podría ser irrelevante en otros casos, no en el de él. Durante décadas ha asistido con excesiva prontitud a todas las rondas de la celebridad; es fotografiado en banquetes y celebraciones que nada tienen que ver con la oftalmología, se ha convertido en algo así como el médico por antonomasia, es El Doctor que los grandes desean tener al lado. Sí, algo estaba fuera de foco; que Suárez se mantenga lejos de sus colegas es normal, al fin y al cabo parte de su atractivo se debe a no estar del todo disponible, a convertir su presencia en un raro privilegio, pero su renuncia a la celebridad, a los festejos mundanos que le han dado una notable influencia, introduce un nuevo elemento: en verdad está fuera de alcance, Antonio Suárez se ha borrado, no sólo para nosotros, sino para las cámaras que siempre le parecieron preferibles.

Se comprenderá, entonces, el susto que pasé en El Emanado. Iba por el pasillo hacia la sala de rayos láser cuando llegué a un tramo oscuro; los focos se habían fundido y las paredes de mármol negro creaban una cámara mortuoria. Caminé despacio, aunque no había nadie por ahí; se trata de una de las zonas quietas de la clínica. El Emanado es un pasillo selectivo que admite a pocos pacientes y a unos cuantos médicos. Entonces oí unos pasos, distinguí un cuerpo en la penumbra y me detuve maquinalmente. Me recargué contra la pared helada; contuve la respiración. Lo que vi me hizo sentir una fuerte presión en el adbomen. El otro cuerpo avanzó hasta llegar a una flecha incandescente y pude ver al Maestro que apoyaba un dedo —un dedo larguísimo— sobre una bitácora. Durante unos segundos buscó un dato importante; su silueta alta y nerviosa estaba de espaldas a mí, de modo que me concentré en el pelo blanco, echado hacia atrás a la manera de un director de orquesta. Luego solté la respiración y esto bastó para que el otro se volviera. No pude ver su rostro. Me acerqué, con un andar inseguro, como cuando era practicante en la Planta Baja (las raras visitas del Maestro tenían el peso de la leyenda; lo recibíamos con una admirada estupidez, como si fuera alguien llegado del otro lado del tiempo). Las rodillas me temblaron al acercarme a la cabellera blanca, que bajo la flecha cobraba una iridiscencia eléctrica. Cuando al fin distinguí sus facciones supe que me había acercado lo suficiente para intercambiar el olor de nuestros alientos. Encontré un rostro más asombrado que el mío. Hay caras verdaderamente infelices y ésta era una de ellas; las facciones eran desagradables pero hubiera sido un elogio encontrarles un sesgo maligno; no, aquella nariz insulsa era incapaz de cualquier decisión propia, así fuera negativa. Sólo la oscuridad y mi ardiente paranoia pudieron confundirme de tal modo. Era un proveedor que por alguna razón se había puesto una bata.

—Perdón —dije, después de escrutarlo en forma insultante.

—No hay cuidado —contestó, con alivio de no estar ante un demente.

No sé qué le hubiera dicho al Maestro. Lo cierto es que ese rostro anodino, intercambiable, renovó mi ímpetu: volví sobre mis pasos, llegué al cruce con El Inactivo, caminé deprisa, dispuesto a no parar hasta el consultorio de Antonio Suárez.

Al fondo, una puerta negra. Quizá mi imaginación le agrega una solidez de bóveda bancaria; siempre me ha parecido inexpugnable, y ahora, al dar los últimos pasos, me di cuenta de lo reconfortante que hubiera sido encontrarla cerrada. Nada más cómodo que volver a mi consultorio. Pero la puerta estaba entreabierta. Lo que al principio del pasillo me hubiese parecido un milagro al final me pareció un espanto. ¿Tenía las agallas de irrumpir en el consultorio de Suárez? Estaba a un portazo de lograr dos cosas: cancelarme para el puesto y terminar con la incertidumbre. Nunca antes había tenido una oportunidad tan clara de violar nuestro severo código de privacía. En el fondo, más que de mi entereza, había que asombrarse de mi falta de opciones para complicarme la vida. Un empujón, un impulso y estaría del otro lado, en el arriesgue que me pareció tan deseable bajo la regadera. Me acerqué otro poco, un cable salía por la puerta; al fondo se oía una aspiradora, alguien hacía la limpieza. Decidí que el Maestro no estaba ahí.

Permanecí unos segundos junto al entrevero. El ruido cesó, escuché una voz. ¿Suárez? Supongo que actué de un modo inexplicable, pues al recordar ese momento son otras las circunstancias que me vienen a la mente, otras imágenes, como si hubiera estado en un quicio, protegiéndome de la lluvia, y después de dos horas decidiera mojarme.

Salí de mi escondite y no empujé la puerta; regresé con la cabeza gacha del que se mete bajo la lluvia cuando ya se había salvado.

Cuando la clínica se instaló en San Lorenzo los vecinos pensamos que el barrio cambiaría como una expansión eficiente del hospital. Ha ocurrido lo contrario. En el vestíbulo de los gases nobles no es raro encontrar vendedores ambulantes. Ayer, uno de ellos estuvo a punto de subir conmigo al tercer piso.

Salí del elevador decidido a no pensar en nada que no fueran mis pacientes. No pude. Esta vez algo agradable llamó mi atención.

Entre las puertas de los elevadores hay una silla que siempre me ha parecido perfectamente inútil. ¿Quién puede escoger ese sitio para descansar? Ella, por lo visto. La muchacha recibía el dorado resplandor de un arbotante en el techo; aunque tenía los ojos cerrados, algo me hizo suponer que no dormía. Un rostro esbelto, con suaves ojeras azules que no supe si atribuir al efecto de la luz. Sus manos pálidas, con las uñas mordidas, me hicieron atribuirle un temperamento inestable. Le calculé veintitrés años, un número impar, caprichoso.

Por primera vez encontraba a alguien en esa silla, pero no sé si esto baste para explicar los minutos que pasé a su lado. Me costó trabajo dejarla ahí, dichosamente dormida junto al tráfico de los elevadores.

EL CAZADOR OCULTO

Miguel Angel Toma, diputado nacional (PJ); **Mirtha Legrand**, animadora.

MAT: Si vamos a una integración con Brasil corremos el riesgo de, por el potencial económico, entrar en una posición de desventaja. ¿Cuál es nuestra ventaja? Convertir lo malo en bueno. Esto es, llegar al MERCOSUR con Chile de la mano. ¿Por qué? Porque, entre otras cosas, Chile tiene la posibilidad de salir al Pacífico...

ML: No quiere entrar en el MERCOSUR, Chile...

MAT: Eso va a depender...

ML: ¡Entonces le tenemos que ceder territorio (los Hielos Continentales) para que entre en el MERCOSUR!

Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9. 17 de noviembre, 13.42 hs.

Mariano Grondona, periodista.

A mí me impresionó mucho en estas reuniones que hubo en estos días, esa especie de indiferencia del gobierno argentino en la materia (acerca del paso del buque japonés cargado de plutonio). El gobierno argentino tiene una secretaría de Medio Ambiente, que es la señora (María Julia) Alsogaray, que... No sé, no sé qué está haciendo.

Hora clave. Canal 9. 19 de noviembre, 22.50 hs.

Zulemita Menem, hija del presidente de la República; **Nicolás Repetto**, animador.

ZM: Es muy difícil (ser la hija del Presidente), con la facultad, con todo...

NR: Te acusan de acomodada...

ZM: Aparte, siempre tenés que hacer el ejemplo, dar el ejemplo. Yo, por ahí soy media "vagoneta", y siempre me dicen: vos tenés que dar el ejemplo.

NR: ¿Pero, reprobás materias o no?

ZM: No. Es más, debo una del año pasado...

NR: Y, ¿te gusta el look (del Presidente)? Porque cada vez le fueron cambiando el look a tu viejo... Cada día está más joven...

ZM: Y, bueno...

NR: Está más joven, tiene más pelo, está más estirado...

ZM: Y, por algo lo eligieron el Presidente más lindo del mundo... más bien vestido del mundo.

NR: Más bien vestido del mundo.

Fax. Canal 13. 20 de noviembre, 19.52 hs.

José Luis Clerc, tenista; **Nicolás Repetto**, animador.

JLC: Yo no tengo nada que ver con el periodismo. Porque aparte, para ser periodista, necesitás tener todo atrás, unos estudios, prepararte...

NR: Para esa cadena...

JLC: No, no. Para ser periodista.

NR: ¿En dónde? Acá (en la Argentina) te nombran periodista ahora. ¿Querés ser periodista? Listo, ya está. Sos periodista.

Fax. Canal 13. 16 de noviembre, 19.44 hs.



POEMAS

En un país de poetas, José Emilio Pacheco se reveló desde su primer libro —"Los elementos de la noche", 1963— como uno de los mayores. Su obra tiene, como ninguna, conciencia de que la historia es una derrota y de que no hay otra escapatoria que la poesía. Creador múltiple y fecundo, Pacheco es también un novelista notable y uno de los más populares columnistas de México. Los poemas que siguen son inéditos.

Los desairados

Los desairados bajo el desamor, los que nadie quiere
por su gordura, rabia acumulada,
o por su escualidez rencorosa;
aquellos desdeñados por feos, por pobres, por viejos,
llega un día en que se arman de valor,
gastan lo que no tienen en comprarse una Uzi
y antes de despedirse con el arma en la sien
ametrallan al mundo entero.

La araña del Holiday House Motel

Pasó por aquí la araña.

Veloz como fuego fatuo,
diminutiva como pulga la araña a escala,
su reducción final a un ser microbiano casi.

Subió a la cama,
leyó algo en el libro abierto
y se llevó un renglón en las patas.

Araña del motel en donde nadie sabe nada de nadie,
ella —la indiferente— lo sabe todo
y transporta su ciencia ¿adónde?

A la noche ínfima
de su dominio en tinieblas,
alcázar rampante.

Envuelta en su arrogancia pasa de nuevo.
Borra una línea más.
Arruina el sentido.
Es la miniaturización del terror la araña.

Aléjala si quieres pero no la mates.
Tú qué sabes qué intenta decir la araña.

Un dibujo de octubre

Verdes por última vez,
las hojas cuentan sus historias,
se hacen preguntas,
intercambian recuerdos,
se reconcilian o se dejan de hablar,
mientras el viento lo permite.

Mañana el cuerpo entero les dolerá.
Todo el año vivido les caerá encima
como el azote de un rayo.

Marchitas e inservibles han de girar en la hoguera.
Como un árbol de humo ascenderán hasta el cielo
donde florece y muere el bosque de las nubes.

Bajo el tranvía "Primavera"

Bajo el tranvía "Primavera"
aplastábamos las monedas.
Quedaban planas como hostias,
simples objetos de goce,
caricia al tacto, aire puro,
incapaces de comprar nada.

Ruedas y rieles
trituraban la cruel codicia.
Por obra de ellas se hacía
cosa de nada el dinero.

Paisaje mexicano

Piedra en el polvo:
donde estuvo el río
queda su lecho seco.